

V

LA MUJER FUERTE

Poco tardó la Reina en recobrase del desmayo ocasionado por el terror que le había producido la horrible escena que describimos al final de nuestro capítulo II: desprendióse de los brazos de Aurelio, que, con la cabeza abrasada y el corazón palpitante, ya no tenía fuerzas para sostenerla, y se encaminó á su habitación, haciendo una seña al Infante para que la siguiera.

Obedeció éste, y pocos instantes después se encontraban ambos en la cámara de la Reina, guardada por dos soldados de aspecto rudo y cubiertos de acero.

La Reina se dirigió á un extremo de la cámara y abrió una puerta disimulada en los tapices; tras de ella apareció otra pequeña estancia en la cual penetró Munia con Aurelio, y cuya puerta cerró éste á una indicación de aquélla.

En el fondo del aposento y durmiendo sobre un reducido lecho, hallábase un niño de pocos meses, abrigado con un ropón de seda: era hermoso, de fisonomía dulce é inteligente, y sus

rizos castaños cubrían una parte de su blanco y suave rostro.

Inmediato al lecho, velaba un anciano montañés con una jabalina preparada y un arco montado: su aspecto decidido y arrogante decía bien claro que estaba allí para defender al niño, y que no se lo dejaría arrebatar sin oponer una temeraria resistencia.

—¿Ha llegado alguno á la puerta, Antar?— preguntó la Reina al montañés, que al verla con el Príncipe había echado á la espalda la capucha de lana burda de su sayo.

—Sólo la Princesa Adosinda, á la cual dejé pasar por no oponerse á ello tus órdenes, señora,—contestó el anciano.

—Está bien: mi muy amada hermana puede entrar aquí.

La Reina tomó á Aurelio por la mano, sin notar el estremecimiento que, al contacto de la suya, agitaba la diestra del Príncipe, y se aproximó con él al lecho.

—¿Amas mucho á tu hermano, Aurelio?—le preguntó mirándole con fijeza.

—Mucho,—contestó el Infante con voz firme y sin desviar los ojos del semblante de Munia, no obstante sentirse desfallecer con su mirada.

—¿Será tan grande ese amor que te anime á salvar á su hijo, sin temor á la cólera del Rey?

—Sí,—volvió á contestar Aurelio con entereza.

—¡Sálvale, pues, hermano!—exclamó la generosa Reina, de cuyos ojos brotaron dos gruesas lágrimas.—¡Sálvale, y Dios te otorgue el premio de tan noble acción!

Munia oprimió entre las suyas las manos del Infante, que se apoyó en la pared para no caer.

—Salvando á ese inocente—continuó la Reina señalando al niño,—libras á tu hermano y á tu Rey, que es mi esposo, de cometer un odioso crimen. ¡Si!—prosiguió en voz baja y temblorosa al ver al montañés retirado á una respetuosa distancia;—¡sí! ¡librarás al padre de mis hijos de un crimen odioso, porque ó matará á esta desgraciada criatura para vengarse de los desdenes de su madre, ó cuando menos le hará pasar su vida en una prisión!...

Calló la Reina, inclinando la cabeza, como si el horror que aquellos pensamientos le inspiraban aniquilase sus fuerzas; mas pocos instantes después levantó de nuevo su frente pálida y serena.

—Parte á Navarra, Aurelio—dijo poniendo en los brazos del Infante á la pobre criatura, que á la sazón estaba dormida;—ve al Monasterio de Jesús y confía este niño á la Superiora de parte mía: cuando estéis libres su padre y tú de la acusación de conspiradores que sobre vosotros pesa, id á buscarle allí, porque por ahora y mientras no salga de su inocente niñez, sería difícil encontrar un asilo más seguro para él.

El Príncipe recibió al niño y le abrigó con el mismo cuidado que hubiera podido emplear su madre.

—Este niño es sagrado para mí desde el instante en que tú me lo entregas, señora—dijo apoyando sus labios en la diestra de Munia:—si su padre le falta, otro no menos amante ha de encontrar en mí.

Al decir estas palabras, hizo una seña al montañés, que le abrió una estrecha puerta situada enfrente del lecho y que estaba practicada en una bóveda de piedra, que sostenía uno de los ángulos del castillo real.

—Vuelve pronto para salvar á Bimarano y á Sancha,—murmuró la Reina al oído del Príncipe, que ya se deslizaba por una dificultosa escalera formada por las mismas rocas.

Munia le siguió con los ojos hasta que le vió desaparecer en las sombras de la noche; luego cerró la puerta, y volvió á dejar en su pebetero de encima la tea con que había alumbrado al Príncipe.

En seguida se quitó sus zarcillos de diamantes, despojos de la guerra arrancados por Don Fruela á una sultana árabe, y se aproximó al anciano montañés.

—Toma, mi buen Antar—le dijo presentándoselos:—yo quisiera tener otra prenda de más valor con que recompensar tu fidelidad; pero esto es lo mejor que poseo.

El montañés dió dos pasos hacia atrás y una lágrima empañó el brillo salvaje de sus ojos, casi cubiertos por cerdosas y blancas cejas.

—Guarda tus diamantes, señora—dijo con voz alterada;—yo, aunque soy muy pobre, recibo sobrada recompensa con la dicha de haberte servido: solo otra... —añadió en voz baja y con vacilación,—sólo otra te pediría... si me atreviese.

—Pide, pide, Antar,—exclamó Munia.

—¡Que me permitas, señora, besar la orla de tu manto!

—¡Ah! ¡el manto no!—exclamó la Reina, de cuyos grandes ojos brotó un raudal de lágrimas:—¡toma, toma mis manos!

Munia tendió sus manos al anciano Antar, que se arrodilló besándolas con adoración.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó después;—¡gracias por haberme concedido besar la mano de una santa!

—Desde hoy, Antar, estás á mi servicio—dijo la Reina:—cuidarás de mis hijos y me acompañarás á todas partes. Sígueme.

El anciano dirigió al cielo una ardorosa mirada de gratitud, y siguió á la Reina como un sabueso viejo y fiel sigue á su antiguo amo.

VI

UNA MUJER SIN CORAZÓN

Algunos dias después de la noche en que Aurelio salvó al hijo de su hermano de la cólera del Rey, se encontraban Sancha y Adosinda en la habitación de la primera.

La hermana del Conde de Cangas era más hermosa que la Infanta; pero no se advertía en ella la expresión de pureza que hacia que Adosinda se asemejase á un ángel: por el contrario, ardía en sus negros y rasgados ojos el fuego de las pasiones, y su tez, aunque blanca, límpida y hermosa, era mate y sin transparencia, signo seguro de una naturaleza sensual.

Su estatura era apenas mediana, y sus formas redondas y torneadas; leíase en su marmórea frente la arrogante firmeza de su alma; en sus negrisimas y pobladas cejas, una gran frialdad de corazón, y en sus labios finos y un tanto hundidos en sus extremos, toda la ambición y disimulo de su carácter.

Sancha de Rivadeo había amado con pasión á Bimarano, porque la sublime hermosura del Infante había sido lo único que hiciera latir su

corazón helado, hasta que le vió, á pesar de que contaba veintidós años; su carácter ambicioso encontró además ventajoso un enlace con un Príncipe real; mas cuando, por la oposición del Rey, se convenció de que esta alianza era irrealizable y supo la causa de aquélla, no quedó en su corazón más que el amor sensual que la belleza del Infante le inspiraba, y se borraron de su mente las ideas de matrimonio que poco antes acariciara.

Por más que yo crea en la virtud de la mujer; por más que la haya defendido en mis escritos, y que esté dispuesta á defenderla siempre; por más que yo profese á esa hija del cielo un amoroso culto, sé que en todas las épocas ha habido mujeres culpables y capaces de cometer mayores infamias que los hombres más depravados. La mujer que no alberga bastante sensibilidad de corazón para precaverse del demonio tentador del orgullo; la mujer que se deja dominar de la ambición; la que no doma sus pasiones—tan fuertes cuanto débil es su organismo—con el freno sagrado de la religión, correrá de abismo en abismo, y quizá dejará manchada de sangre y crímenes la senda tortuosa de su vida.

La joven Condesa de Rivadeo tenía al nacer un corazón en el pecho; pero perdió á su madre cuando apenas despuntaba la luz de su razón, y careciendo también de padre desde antes de

nacer, quedó bajo la tutela de su hermano Eurico, joven de veinte años y entregado á todos los vicios.

Sancha creció en medio de báquicos festines y de escenas de impúdicos amores: aunque Eurico la amaba mucho, no se cuidó de buscar una mujer que velase por ella, ni vió el inconveniente de que fuese servida por escuderos, ni más ni menos que él: limitábase á mandar que atendiesen á la pequeña Condesa con preferencia á él mismo, y de este modo fomento la soberbia arrogancia que Sancha heredó de su madre, y que una mano previsorá y tierna hubiera podido ahogar en su germen.

Cuando la niña cumplió doce años, sabía de memoria el vocabulario amoroso que los hombres de armas de su castillo empleaban con las zafias montañesas, y hubiera sido difícil hacer asomar el rubor á sus mejillas ni aun con las palabras más groseras. Eurico, por otra parte, orgulloso de su belleza y de su gracia juvenil, la hacía asistir á los licenciosos festines que, después de una partida de montería, daba á sus amigos y mancebas, y ni las báquicas canciones, ni el chocar de los vasos, ni el estallido de los besos, ni todo el infernal estruendo de la orgía, hacían alterar la límpida blancura del rostro de la noble doncella.

Como debe suponerse, no faltarian amadores á la joven Sancha, aun antes de salir de la ni-

ñez; pero su natural fiereza salvó su virtud, y entre los insolentes y desenfrenados jóvenes que la rodeaban, no hubo uno solo que pudiera jactarse de haber tocado ni aun el extremo de sus dedos.

Como fiel historiadora, debo decir, sin embargo, que ni uno solo tampoco pensó en pedir su mano, á pesar de su hermosura, su nobleza y su opulencia: el hombre ha sido el mismo en todos tiempos, y pocos había entonces, como ahora, que fiasen su nombre y su honra á una mujer cuyo recato y virtud andaban en lenguas, por más que reuniese las más halagüeñas y seductoras ventajas.

Poco, en verdad, importaba esto á la Condesa: sabía que era bella hasta lo imposible; que tenía un gran título enteramente independiente del de su hermano, cuyo Condado era además tributario del suyo, y se hubiera desdeñado hasta de aceptar por estribo, para montar en su blanca hacanea, la rodilla del más noble y rico de sus numerosos amadores.

Cuando cumplió catorce años, determinó emanciparse de su hermano y habitar sola uno de los castillos de su propiedad, eligiendo para morada, entre los muchos que poseía, uno fronterizo, ganado á escala franca por su noble padre pocos años antes.

Eurico quedó sobrecogido de espanto al saber esta decisión: lo que su hermana iba á ha-

cer equivalía á entregarse á los árabes, pues no distando dos millas el primer castillo de éstos del que estaba dispuesta á ocupar la atrevida niña, debía suponerse que no titubearian en arrollar la fortaleza de la cristiana, llevándose á su bella señora al harem del Califa.

Pero en vano Eurico expuso á Sancha todas estas razones; en vano le hizo presentes todos los riesgos á que se exponía.

—Si me cautivan—contestó;—si me llevan á Córdoba al harem del Califa, yo le obligaré á que se case conmigo y seré la Sultana de Occidente.

—¡Hermana!—exclamó Eurico, cuyo semblante se cubrió de un subido carmin, —¡hermana mia! ¿Puedes olvidarte de que has nacido cristiana?

Sancha se encogió de hombros con indiferencia: ni siquiera sabía lo que era ser cristiana; bien es verdad que nadie se lo había explicado tampoco.

Entonces conoció el Conde á dónde podía arrastrar á su hermana el natural bravo é inculto que él no había cuidado de dirigir ni dominar: ciego de dolor corrió á Cangas, y echándose á los pies de Alfonso el Católico, le rogó que interpusiese su mediación para impedir tamaña locura.

Aquel buen Rey le consoló y le dijo que volviese á su castillo; algunas horas después que

33883

él llegó una litera, escoltada por guardias del Rey, y seguida de otra en la que iban dos damas ancianas de la servidumbre de la Reina. El capitán de los guardias sacó de su vesta un pergamino enrollado y sellado con el sello real, y lo presentó á la Condesa, que lo leyó rápidamente.

Mandábasele en él partir á Cangas inmediatamente, por estar nombrada dama de la Princesa Adosinda, niña de muy corta edad.

—Dí al Rey y á la Reina que yo no quiero ser dama de su hija ni servir á nadie,—contestó volviendo la espalda al mensajero.

—Entonces, señora, no tomes á ofensa el que te conduzca en mis brazos á tu litera—contestó el anciano capitán,—porque tengo orden de llevarte de grado ó por fuerza.

—¡Eso no!—exclamó Sancha echándose hacia atrás:—¡primero morir, que consentir que tus feas y callosas manos toquen á la Condesa de Rivadeo!

Y envolviéndose en su manto, salió serena é impassible, sin abrazar á su hermano que, llevado de su ciego cariño, partió en seguimiento de su litera.

La dulce y amorosa Ormesinda recibió á Sancha como la más cariñosa madre; pero apartó de ella todo lo posible á la Princesa su hija: el nombramiento de dama, hecho en favor de la Condesa, era sólo honorario, pues apenas veía

ésta á Adosinda, que permanecía siempre junto á la Reina.

En el castillo real fué en donde la joven Condesa adquirió las primeras nociones de religión y de virtud; pero su corazón, naturalmente duro y viciado además por perniciosos ejemplos, se mantuvo cerrado á las santas máximas que Ormesinda se esforzaba por infiltrar en él: la viva inteligencia y el perspicaz talento de la joven, debían, sin embargo, sacar algún fruto de aquellas lecciones, y el fruto fué proporcionado á la bondad de la tierra donde la mano piadosa de Ormesinda sembraba la semilla. Sancha adquirió una profunda y sorprendente hipocresía, y aprendió á revestirse de las formas de la virtud de una manera tan perfecta, que engañó, no solamente á la cándida y santa Reina, sino también á su hermano, lo cual era algo más difícil, por lo bien que la conocía.

A la muerte de Alfonso el Católico y de Ormesinda, acaecidas ambas con cortos meses de intervalo, volvió Sancha al lado de Eurico sin conocer apenas á los Infantes huérfanos, porque Fruela guerreaba contra los infieles en las fronteras de Galicia, y Bimarano y Aurelio, además de ser niños, habitaban el extremo opuesto del real castillo.

El Conde de Cangas asistió con su hermana á todas las fiestas de la coronación de Fruela I; y cuando el nuevo Rey fijó su corte en Pravia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1626 MONTERREY, MEXICO

la proximidad del castillo real con el que habitaban Eurico y Sancha, hizo mayor la intimidad de ambos jóvenes con el Rey y sus hermanos.

Adosinda, en particular, se acogió á la amistad de Sancha con el más tierno entusiasmo: la pobre niña se hallaba aislada desde que había perdido á su madre, y su dulce corazón se volvió entero á la Condesa, porque ella le recordaba los serenos y apacibles días de su infancia.

Sancha, por su parte, le pagaba su cariño en cuanto permitía su corazón helado y egoísta, y es seguro que jamás profesó á nadie tan apasionado afecto como á la Infanta.

Llegó por fin un día en que la llama del amor penetró en su alma, alumbrándola, no con la luz purísima que derrama en las almas privilegiadas, sino con un resplandor desconocido: la hermosura de Bimarano la deslumbró, y sus dulces y apasionadas palabras hicieron latir su corazón con una fuerza insólita; pero ya hemos dicho que no bien conoció los designios del Rey, renunció á unirse con su hermano, anidando solo en su pecho el amor sensual, único durable en su pervertida naturaleza.

Poco, pues, tuvo que hacer el Infante para triunfar de la virtud de Sancha: cuando dió ésta á luz á su hijo, ni uno solo de los músculos de su rostro se animó con una expresión de dicha; supo que su hermano se había apoderado

de él sin derramar una lágrima, y cuando Eurico entregó el niño á Antar para ponerle bajo la salvaguardia de la Reina Munia, ni siquiera pidió que le dejaran imprimir un beso en su frente, ni se informó de cuándo le volvería á ver.

A pesar del amor que Eurico profesaba á su hermana, su indignación fué viva y profunda al advertir en ella tanta dureza: resolvió guardar aquel niño, que era una prenda de alianza con la familia real, y para ello no halló medio más seguro que encomendarlo al cuidado de la Reina, aparentando además, sin embargo, favorecer la pasión que el Rey D. Fruela alimentaba por Sancha.

Cuando Bimarano, en la fuerza de su desesperación, arrebató á la Condesa del castillo, los dos hermanos obraron según sus designios: Eurico creía así libre á Sancha de la culpable pasión del Rey, y persuadiéndose de que estaba sinceramente enamorada del Infante, pensó que el mejor medio de apresurar la unión de los dos jóvenes era no oponerse á su fuga. Pero el decoro de su nombre le obligó á salir á la poterna de su castillo á la cabeza de sus hombres de armas, no sin dejar antes lugar á los fugitivos para que se alejasen.

Por lo que hace á Sancha, fingió acceder á las apasionadas súplicas de su amante y se dejó llevar sin resistencia; mas su propósito era negarse después obstinadamente á su enlace

con Bimarano y escribir al Rey poniéndose bajo su amparo. Para ella no era nada que el infeliz y leal Príncipe pagase su amor con la prisión y la muerte; su genio infernal había columbrado una corona y un ataúd, en el cual dormía el sueño eterno la noble esposa de Don Fruela I: más de una vez, cuando iba en los brazos del Infante, durante su desesperada fuga, había llevado sus manos á la frente como para cerciorarse de que podría sostener la diadema real de Asturias y Galicia.

Pero al verse cercada de mortíferas jabalinas, cuando por una caída de su amante logró Eurico, aunque bien á su pesar, llegar hasta ellos, quedó desmayada, porque aquel demonio no carecía, para ser más tentador, de la debilidad que hace tan atractiva á la mujer.

VII

ÁNGEL DE LUZ Y ÁNGEL DE TINIEBLAS

Sentada Adosinda enfrente de la Condesa de Rivadeo, tenía cogida una de sus manos y clavaba en su semblante sus grandes y hermosos ojos azules. Sancha, por el contrario, miraba con indiferencia la pendiente montaña sobre la

cual se asentaba su castillo, y sus fogosos y apasionados ojos negros vagaban inciertos por los picos de las rocas que algunos días antes, y en medio de las tinieblas de una medrosa noche, había saltado Bimarano llevándola en sus brazos.

Los sitiales de entrambas estaban colocados junto á la ojival ventana de la cámara de la Condesa, y el sol moribundo de la tarde, resbalando por los espesos y lucientes rizos negros de Sancha, hacía brillar los fulgidos destellos de algunas sartas de gruesos corales que se enredaban en ellos.

Un brial rojo, de lana fina como la púrpura de Alepo, se plegaba en derredor de su talle robusto y voluptuoso, descubriendo su redondo cuello y la mitad de sus torneados brazos, blancos y puros como apretada nieve.

Su boca pequeña y de labios finos y delicados era más roja y fresca que el coral que fulguraba en sus cabellos; su nariz recta y también pequeña se dilataba á cada aspiración, como absorbiendo el aire que parecía preciso á su seno alto, palpitante y tentador.

La Infanta, vestida con una larga túnica blanca, y ceñidos sus rubios cabellos, que se recogían en riquísimas y apretadas trenzas, con una banda azul, se asemejaba á una visión angélica.

Un suave sonrosado, comparable al matiz de

una rosa blanca, cubria sus mejillas, cuya nitidez tenía algo de diáfana; su boca suspirante no ostentaba el lascivo carmín que vestía los labios de Sancha, y su puro y rosado arrebol la hacía más dulce é inocente.

La hermosura de la Condesa, ataviada de púrpura, era un tanto siniestra é infernal; la belleza de Adosinda, velada por su blanco ropaje, era celeste y santa.

En el instante en que presento las dos jóvenes á mis lectores, fijaba la primera sus rasgados y hermosos ojos azules en el semblante helado é impasible de Sancha, al mismo tiempo que estrechaba su mano entre las suyas con tierno cariño.

—Sancha, amiga mía—decía la Infanta con su voz dulce y juvenil,—prométeme que irás conmigo esta noche á la prisión donde yace mi pobre hermano, para que siquiera tu presencia pueda consolarle.

—Ya te he dicho, señora mía, que eso es imposible,—contestó la Condesa mirando serena y friamente á Adosinda.

—¡Imposible! ¡oh, Sancha!—exclamó la Infanta dolorosamente:—no dirías eso si conocieras el afán con que me pedía mi infeliz hermano que te llevase á verle, aunque fuese sólo por un instante.

—Yo no puedo verle, señora; no debo exponerme á la cólera del Rey, tu hermano.

—Su cólera caerá sobre mí; no temas, Sancha: si llega á su noticia esa entrevista, yo me arrojaré á los pies de Fruela y le diré que únicamente has cedido á mis instancias. ¿No estamos además bajo la protección de la Reina?

—¡De la Reina!—replicó la Condesa, en cuya bella y enérgica fisonomía se pintó, á pesar de sus esfuerzos, un sentimiento de odio profundo.

—Si, de mi buena hermana... ¡Si supieras, Sancha, cuánto te ama!

La Condesa permaneció silenciosa y con la cabeza inclinada por algunos instantes: una persona que hubiera conocido su carácter, se hubiera estremecido ante aquella inmovilidad, precursora siempre de algún proyecto cruel; pero la inocente Adosinda esperó pacientemente á que saliera de su meditación, halagada con la esperanza de verla ceder á su ferviente ruego.

Sancha levantó por fin la cabeza: brillaban sus ojos con resplandor siniestro, y en su ancha frente se veía reflejado un gozo sombrío.

—¡Iré!—dijo con voz segura:—indicame la hora en que debo estar en tu cámara, señora.

—¡Oh, gracias, gracias por mi hermano y por mí, Sancha!—exclamó la Infanta estrechando amorosamente las manos de la Condesa.

Y levantándose, añadió:

—Te espero en mi aposento esta noche á las once.

Adosinda abrazó á Sancha, y salió acompañada del fiel Antar, que la esperaba en la puerta.

Media hora después, Fruela I, disfrazado con un sayo montañés, se encontraba en la estancia de la Condesa, que, sentada en sus rodillas, le refería la visita y la pretensión de Adosinda.

—¡Yo castigaré á esa imprudente niña!— exclamó el Rey, rojo de furor y apretando los puños.

—¡Aguarda, señor, aguarda!— contestó Sancha con una sonrisa helada como el filo de un puñal, pero que enloqueció aún más al enamorado Monarca:—si yo he consentido en llegar hasta la prisión del Infante, ha sido porque por medio de la Reina me ha amenazado con publicar mi deshonor.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—¡Oh!—barbotó D. Fruela con ojos chispeantes y voz sorda:—todos contra mí. ¡Bimarano, á quien he encarcelado por traidor á mi trono, y porque me roba tu amor! ¡La Reina, que me parecía inofensiva! ¡Adosinda, que era á mis ojos el ángel cuyas blancas alas escudaban mi palacio! ¡Y Aurelio, que, según dicen mis Condes, ha huido á alzar banderas para derribarme del solio de mi padre!...

La Condesa sabía mejor que nadie que Aurelio había ido á salvar á su hijo; pero se guardó bien de decir ni una palabra al Rey.

—¿Y tu hijo?—prosiguió D. Fruela con furor creciente:—¿quién me ha robado ese niño, que era el objeto de todo mi odio, pero que al mismo tiempo me aseguraba la fidelidad de Bimarano? ¡Sancha! ¡Sancha!—continuó oprimiendo el brazo de la Condesa,—¡tú debes saber lo que se ha hecho de tu hijo, y es preciso que me lo digas!

—Pregúntalo á su padre y á la Reina, señor—contestó Sancha haciendo un gesto de indiferencia desdeñosa, no obstante que sentía prensado su brazo entre los dedos del Rey:—en cuanto á mí—prosiguió,—nada sé de esa criatura, á la cual no consagro ni un pensamiento siquiera desde que me cercioré de que jamás había amado á su padre.

—¡Oh!... ¡Será posible, Sancha!—exclamó el Rey soltando el hermoso brazo que estaba martirizando, y ciñendo con los suyos á la Condesa:—¡dime que no has amado á mi hermano!... ¡que te engañó tu corazón!...

—¡Yo no he amado más que á un hombre!—murmuró la Condesa en voz tan baja, que semejaba un suspiro de amor, y reclinando su rizada cabeza en el hombro de D. Fruela, de modo que los riquísimos bucles de sus negros cabellos acariciasen la mejilla del Monarca.

—¡Oh!—se apresuró á decir éste;—y... ¿ese hombre?... ese hombre... ¿quién es?

—¡El Rey de Asturias y de Galicia!—volvió

á murmurar la Condesa, á la vez que se rizaban sus hechiceros labios con una sonrisa burlona, excitada por el sarcasmo que estas palabras encerraban.

Ellas constituían, sin embargo, la única verdad que en toda la vida de Sancha había brotado de su boca; porque, en efecto, amaba, no á Fruela, sino al *Rey de Asturias y de Galicia*.

El Rey advirtió aquella sonrisa de inmensa ternura sin comprender su amarga burla, y besó mil veces los rizos de seda de la infernal sirena.

—Yo amo—continuó Sancha, recogiendo la anchurosa manga de su túnica y mostrando al Rey su brazo redondo, torneado y blanco como el marfil, pero en el cual habían formado cinco surcos sangrientos los dedos de D. Fruela;—yo amo de tal modo al hombre que ha puesto su mano en mi brazo, que hasta sus heridas me han arrobado como las caricias del amor primero.

D. Fruela besó con delirio aquel brazo magullado: cuando alzó la cabeza, corrían por sus mejillas dos gruesas lágrimas, que fueron á perderse en la espesura de su barba. Aquel hombre frío y duro para el ángel que Dios le había dado por compañera para la madre de sus hijos, amaba con locura á aquel demonio, y la pasión que le inspirara debía ser la única

fuerte y poderosa de su vida. Los misterios del corazón humano han sido los mismos en todos los tiempos.

—¿Por qué, ya que tan intenso es tu cariño, no cedes á mi amante ruego?—exclamó Fruela mirando á Sancha con tristeza.

—Porque no quiero manchar por segunda vez la casa de mi hermano,—contestó esta con entereza y desprendiéndose de los brazos del Rey.

—¡Déjame sacarte de ella!—gritó anhelante el enamorado Monarca.

—Jamás la dejaré yo voluntariamente,—repuso Sancha clavando en el Rey una mirada profunda.

—¿No la dejaste por mi hermano?

—Por eso no volveré á hacerlo.

D. Fruela guardó silencio por un breve rato y pareció reflexionar. La Condesa le devoraba con una mirada ávida y torva, como si quisiera leer en el fondo de su alma.

—¡Sancha!—dijo de repente el Rey, levantándose y acercándose á ella.—¿Estás decidida á ir esta noche á la prisión de mi hermano?

—¡Sí!—contestó la Condesa con voz sombría, al mismo tiempo que radiaba en sus ojos una expresión de gozo.—¡Sí, iré! ¡No quiero que publique mi deshonra al cobrar su libertad!

—¡Quizás no la cobre nunca!—murmuró Don Fruela en voz muy baja, pero que, sin embar-

go, llegó claramente al oído avizor de la Condesa; y luego, sacando de una vesta una llave,

—Toma—dijo presentándola á Sancha:—ésta es la llave del calabozo de Bimarano. En vano la buscaria Adosinda, porque la guardo yo: ve á verle y consigue saber de él el paradero de tu hijo.

La Condesa echó los brazos al cuello del Monarca, y murmuró un *¡adiós!* melancólico y tierno, que se confundió con el rumor de un beso.

El Rey salió de la estancia ebrio y trastornado, pero llevando impresa en sus facciones una alegría siniestra.

Sancha le siguió con los ojos y luego lanzó un suspiro de felicidad.

—¡Yo no le amo!—murmuró al verse sola;—¡oh, no! ¡le aborrezco por su brutal fiereza! ¡pero ostenta una corona y su brillo deslumbra mi vista y conmueve mi helado corazón!

Al decir estas palabras, se aproximó á una mesa y roció con bálsamo las heridas de su brazo.....

Mientras tenía lugar la escena precedente, Adosinda había contado á la Reina su entrevista con la Condesa. Cuando Munia oyó que consentía en ver á Bimarano, brilló en sus ojos una lágrima de ventura.

—¡Bendita seas, hermana mía!—exclamó

abrazando amorosamente á la Princesa;—¡bendita seas tú, que haces tanto bien! ¡Yo os acompañaré á Sancha y á ti á la prisión del Infante, y mi presencia os servirá de escudo si os amenaza el enojo del Rey!

VIII

LA SANGRE EN LA FRENTE

Las once y media de aquella misma noche señalaba la luna clara y serena, brillando en el ancho firmamento, cuando la Reina Munia entraba en una espaciosa cámara del castillo real, precedida del anciano y fiel Antar, que la alumbraba con una tea; un instante después entraban también en ella Adosinda y Sancha, envueltas en largos mantos negros.

Antar sacó un gran manojo de llaves, que llevaba pendiente de la cintura, y abrió una puerta, apareciendo una escalera tortuosa, estrecha abierta en la roca viva, é iluminada con una tea colocada en una estaca fija en la pared. El anciano, obedeciendo á una señal de la Reina, bajó el primero.

—¿No era mejor cerrar esta puerta, señora?—dijo Adosinda á la Reina.